

descrita por los grandes trágicos, parece haber sido, para el pueblo de Atenas, un asunto de instrucción dramática mucho más que una causa real de espanto. Los oráculos de Delfos, los de los otros dioses que se venía á consultar de todos los países griegos ó helenizados, tienen un carácter especial: mientras que las divinidades de las otras naciones amenazan, mandan, aterrorizan, Delfos parece ingeniarse en ejercer la sagacidad de los Griegos, dándoles enigmas que resolver, juegos de ingenio que adivinar. El Sinaí fulminaba sus leyes al pueblo prosternado en el polvo del desierto; Delfos conversaba, por decirlo así, con hombres de gusto delicado, y frecuentemente se dió el caso que los ciudadanos de una ciudad discutieron sus oráculos. Los Cúmeos, en el Asia Menor, llegaron hasta desobedecer de propósito deliberado una orden de los Branchides<sup>1</sup>, que les obligaba á entregar su huésped al rey de Persia: prefirieron su propia concepción del bien.

Pero, por poco que existiese, el sacerdocio, por su espíritu de casta, había de ser fatalmente hostil al libre genio de los Griegos y hasta tender á la traición. En el período del peligro supremo, quería el pueblo defenderse á todo trance, y por el mismo hecho de la manifestación de su enérgica voluntad, se imaginó que los dioses habían combatido por él; sin embargo, «los oráculos habían quedado neutros ó equívocos»: se necesitó toda la sutileza de Temístocles para interpretar en sentido heroico una respuesta ambigua de la Pitia. No comprometerse con el vencedor, tal fué la última palabra de la sabiduría sacerdotal<sup>2</sup>.

Sin duda, la pérdida de la independencia de los Griegos aumentó proporcionalmente la influencia del sacerdote. Ritos misteriosos como los de Eleusis atraían hacia ellos los desocupados y los decadentes de la época, gentes vanidosas é inquietas que querían hacerse iniciar en una supuesta ciencia prohibida á los profanos, y sobre las colinas se perseguían, desencadenados en el furor de los sentidos, los rebaños de las Bacantes y de los Menades.

Más dichosos que los Semitas y los pueblos del lejano Oriente, y gracias á la variedad, á la rapidez de movimientos, á los cambios

<sup>1</sup> Herodoto, *Historias*, t. I, p. 158 y siguientes.

<sup>2</sup> Edgar Quinet, *Vie et Mort du Génie grec*, ps. 33 y 34.



CARIÁTIDES DE LA ERECHTEA EN ATENAS  
FINAL DEL SIGLO V ANTES DE LA ERA VULGAR

Cl. Bonfils.

sucesivos y profundos en su politeísmo, los Helenos pudieron así escapar á la tiranía de un libro como el Zend Avesta, los Vedas y el Chu-King, como la Biblia y el Corán.

Lo que entre los Griegos se aproximó más á los «libros sagrados» por la autoridad sobre los entendimientos, fueron los poemas y los dramas de los grandes rapsodas y trágicos; pero era difícil hallar en esas obras una regla de pensamiento, una línea de conducta general para la nación; á lo más, un individuo como Strabon,

Semita helenizado él mismo<sup>1</sup>, atribuía una especie de virtud sagrada á los versos de la *Iliada*, ingeniándose para relacionar los hechos de la geografía con las descripciones de Homero, pero las concepciones del poeta, ineficaces para su objeto, no podían detener lo más mínimo el desarrollo normal de la sociedad en su conjunto: no servían de freno, como los mandamientos de la Biblia ó del Corán, para retardar indefinidamente la evolución intelectual y moral de los creyentes.

El politeísmo, tal como se desarrolló en la Grecia antigua, tiene por principio la autonomía de todos los seres y reconoce implícitamente que toda cosa vive<sup>2</sup>. De este modo la religión de los Griegos afirmaba ya lo que la ciencia moderna ha reconocido: la indisolubilidad de la vida bajo todos sus aspectos, materia y pensamiento; mas si por sus altas concepciones se proyecta á lo lejos en el mundo de la ciencia, participa también por sus orígenes del animismo primitivo que puebla de genios las tierras, el aire y las aguas, que ve los espíritus innumerables agitarse en el follaje de las encinas.

Los pastores de la Arcadia, sobre sus herbosas y floridas mesetas, continuaron practicando el mayor tiempo posible esa vieja religión natural: á su principal divinidad, campestre como ellos, hecha á su imagen, le agradaban los heimosos horizontes luminosos, los fecundos pastos, los antros frescos donde poder resguardarse del sol<sup>3</sup>. Pan, que dió á toda la comarca el nombre de Pania<sup>4</sup>, cedió el primer puesto á Zeus, el dios celoso; y los Arcadios hubieron de subordinarse á poderosos vecinos; pero, aunque muy modesto y retirándose discretamente en las cavernas, Pan no abdicó, y permaneció siendo el dios de los pobres que le erigían simples altares, no templos, y le traían, no animales cebados, sino rústicas ofrendas. Sobrevivió así, más duradero que Zeus y otros dioses jóvenes, y por una extraña fortuna debió á la semejanza fortuita de su nombre con la palabra «πᾶν», tomado en el sentido de «todo», de ser asimilado á la inmensidad misma de las cosas vivas, con el gran universo panteísta. Así es como en el *Sátiro* de Hugo, Pan, infinitamente engrandecido, sin

<sup>1</sup> Jules Baissac, *Société nouvelle*, Marzo 1896, p. 316.

<sup>2</sup> Louis Ménard, *Polythéisme grec*.

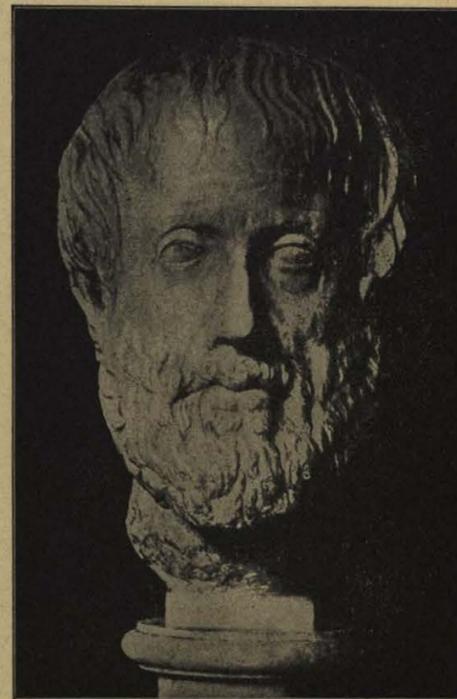
<sup>3</sup> Victor Bérard, *De l'Origine des Cultes des Arcadiens*.

<sup>4</sup> Plutarco, *Denominación de los Ríos y de las Montañas*;— G. Clémenceau, *Le Grand Pan*.

límites como el mundo, cobija á los hombres y los dioses en su inmensidad.

Los misterios religiosos de Grecia conservaron también durante muchos siglos el culto directo de los astros, sol, luna, estrellas, hasta cuando los representantes simbólicos de la Naturaleza, los dioses, ocuparon el lugar de los elementos: el fetichismo panteísta se conservaba bajo el politeísmo, así como después el paganismo se continuó bajo el catolicismo.

Los templos griegos, lo mismo que los de Egipto, se construyeron de una manera que se orientaran exactamente hacia la salida de las estrellas ó de los grupos estelares más notables, tales como Arcturo, la Espiga, las Pléyades, y en la época en que esos astros surgían del horizonte, á la vista del santuario, se celebraban las grandes fiestas de la divinidad, asociada al astro lejano en la

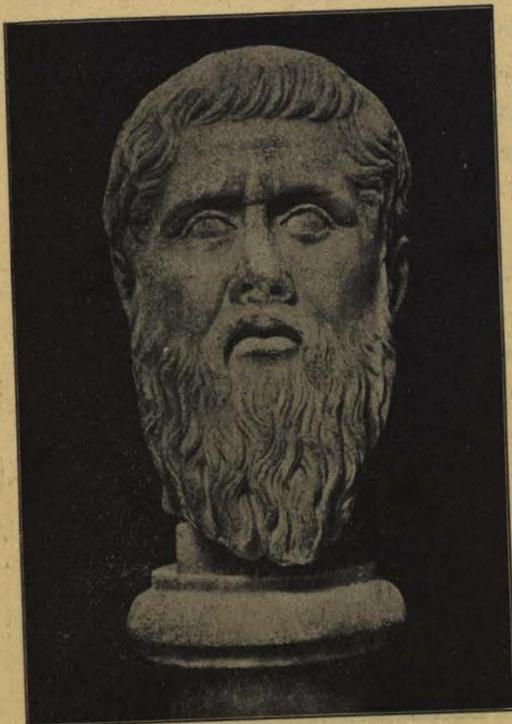


ARISTÓTELES  
Origen dudoso.

Museo de Viena.

adoración de los fieles. Pero como la posición aparente de las estrellas cambia á consecuencia de la precesión de los equinoccios, los sacerdotes, en pie al lado del altar, habían de hacer que cambiara la abertura de las puertas para seguir el haz de los rayos estelares. Además, cuando habían pasado algunos siglos sobre el templo, no bastaba ya abrir nuevas puertas; era el edificio mismo lo que se trataba de reconstruir, haciéndole, por decirlo así, girar sobre su eje; el templo marchaba como una aguja sobre el cuadrante de los cielos. En los puntos en que las construcciones se elevaron sucesi-

vamente sobre el mismo sitio, el ángulo de desviación observado por los arquitectos les bastó para revelar las épocas de erección primera y de restauración. De ese modo se ha podido fijar en más de 34 siglos antes del día (exactamente en el año —1530) la fundación del templo arcaico de Atenea, sobre el Acrópolis, y en 230 años después la



PLATÓN

Museo de Aix en Provenza.

del] templo de Eleusis, que miraba hacia Sirio, como tantos otros monumentos contemporáneos de Egipto, y que quizá dió asilo á magos venidos de la misma comarca<sup>1</sup>.

Así, el politeísmo helénico comprende, en el conjunto de su desarrollo, todas las formas religiosas primitivas que se han sucedido entre los hombres: había de terminar también en las formas religiosas más elevadas, después negar su principio, para encontrar, más allá de los cultos, la moral humana en su esencia.

Desde los bosques de Dodona, donde se escuchaba con espanto el rumor de las grandes encinas temblorosas, hasta los jardines de Academos, donde se paseaban los filósofos discurriendo sobre la sabiduría, los investigadores helenos han recorrido el camino inmenso que conduce desde el instinto originario al estudio consciente de los grandes problemas de la vida.

No hay duda que la religión monoteísta, concentrando todo el

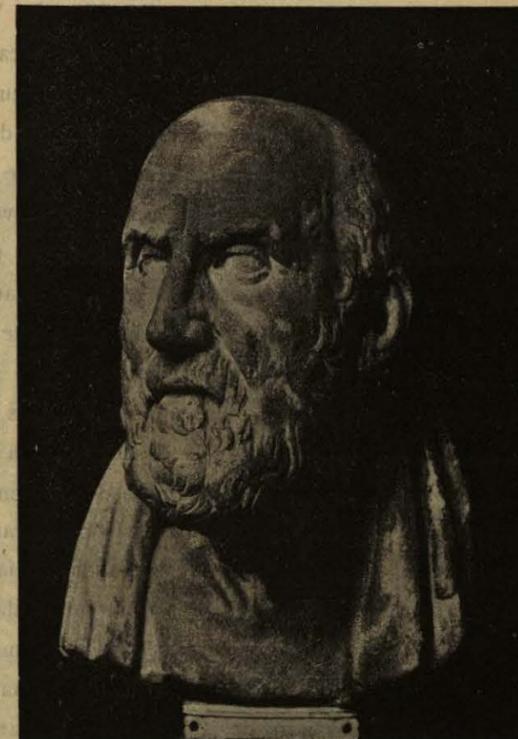
<sup>1</sup> F.-C. Penrose (and N. Lockyer), *Philosophical Transactions*, 1884, p. 805 y siguientes; — Nissen, *Rheinisches Museum für Philologie*, 1885 y 1887.

ideal humano en una sola persona augusta, se manifiesta en el pensamiento griego tan noblemente como en el de los Semitas. «¿No era el Júpiter de Píndaro y de Sófocles el enemigo de la tiranía, el protector de los oprimidos, el guardián del hogar, el vengador de la justicia y el refugio de los desgraciados?»<sup>1</sup> ¿Y no se desvanece el gran Dios mismo en beneficio de lo bueno y de lo bello que representa en cuanto los diferentes pueblos pierden los dioses especiales que les distinguen?

De ciudad en ciudad, los Helenos se habían reconocido como hijos de antepasados comunes, coherederos de una misma lengua y de una misma civilización, creadores de un mismo tipo social.

La noción patriótica, en un principio absolutamente estrecha, confinada en la misma ciudad, se ex-

tendió gradualmente á todos los habitantes de la Hélade y de los países helénicos; después, entre los filósofos, abarcó al mundo entero. Jamás fué proclamado el principio de la gran fraternidad humana con más claridad, energía y elocuencia que como lo proclamaron los pensadores griegos; después de haber dado los más bellos ejemplos de la estrecha solidaridad cívica, los Helenos afirmaron con toda eleva-



DIÓGENES

Cl. Mansell.

Museo británico.

<sup>1</sup> Michel Breal.

ción el principio de lo que dos mil años después de ellos se llamó la «Internacional».

El atavismo, que en toda civilización envejecida, más ó menos rancia á fuerza de convenciones y mentiras, conduce siempre á cierto número de hombres hacia el amor de la naturaleza primitiva, hubo de manifestarse también en la sociedad griega, pero acompañado de todas las conquistas de la cultura intelectual. Viéronse entonces filósofos, perfectamente armados por la dialéctica, por el conocimiento de las cosas y por el desprecio de toda preocupación, reivindicar con toda sencillez, pero con una fuerza invencible de convicción, su emancipación de todo despotismo, lo mismo el que otros hombres hacían pesar sobre ellos que el de las supuestas conveniencias y de la costumbre; viéronse estoicos esclavos marchar tan noblemente en su dignidad, que se les respetó más que si fueran hombres libres; viéronse también «cínicos», palabra antiguamente respetada y empleada actualmente en mala parte, tomarse la misma libertad de albergue y de acción que los animales de los campos, á la vez que se elevaban por el estudio y la enseñanza á la misma altura de pensamiento que los sabios más famosos de su tiempo. Sin más vivienda que un tonel, casi sin necesidades, hasta ignorando el hambre, ya que unas aceitunas ó unos ajos les bastaban, creían en la igualdad y la practicaban; borrando con su propia vida toda diferencia entre ricos y pobres, venían á la perfecta reconciliación entre las clases. Por el pronto, todas las distinciones sociales se hallaban abolidas, y ante Diógenes, «Ciudadano de la Tierra», Alejandro, el asesino de su padre, el exterminador de Tebas, no se sentía ya el dueño omnipotente que era á la cabeza de sus soldados y de sus pueblos esclavizados.

Y, no obstante, esos mismos filósofos, tan altos por el pensamiento, que podían ignorar, como si tal cosa no existiese, la sociedad de los poderosos y de los ricos, continuaban viviendo en las ciudades, obrando directamente sobre sus conciudadanos por el ejemplo y la nobleza de su vida; no se refugiaron fuera de la humanidad, como lo hicieron después los anacoretas y los cenobitas, egoístas pusilánimes que no buscaban más que su propia salvación.

Esa alta comprensión de las cosas no entraba en verdad más que en un corto número de cerebros; pero había de propagarse de siglo en siglo y de pueblo en pueblo hasta las extremidades de este universo que, sin conocerle aún, se abarcaba de antemano en una inmensa república de iguales, ideal de nuestro tiempo y de los tiempos venideros.

